

desorden, los vestidos llenos de remiendos y desgarrados en mil partes, el calzano destrozado, se había detenido en la actitud de un mendigo que implora una limosna: Van-Rosmal no le reconoció á primera vista, y le miraba de un modo interrogativo; el infeliz inclinó la cabeza ante su mirada, y dos lágrimas corrieron por sus flacas mejillas.

—Maese Spinael, ¿qué me queréis?—exclamó el especiero conociéndolo al fin, y con un acento en el que se leía la desconfianza.—¡Si venis otra vez á pedirme dinero, podéis volveros; no estoy para semejante cosa!

Al oír estas palabras, las dos lágrimas silenciosas que corrían por las mejillas del zapatero se convirtieron en un raudal de llanto.

—Señor Van-Rosmal,—respondió con voz humilde,—no vengo á pedir os dinero; ¡si supierais cuán desgraciado soy, me tendríais lástima, á pesar de los motivos de queja que que os he dado! ¡Todos me desprecian, y no puedo tener el consuelo de hallar á un solo amigo en mi miseria! ¡Yo os he engañado, Van-Rosmal, pero vos habéis sido mi amigo otras veces! ¡no me rehuséis hoy, á lo menos vuestra piedad!

El especiero escuchaba sorprendido esta voz suplicante; comprendió desde luego que no tenía que temer un nuevo engaño de parte de Spinael, y que una verdadera y profunda miseria agobiaba al hombre que había sido, durante largo tiempo, su amigo íntimo; la generosidad se sobrepuso á la memo-

ria de la ofensa que había recibido de Spinael; brillaron en sus ojos lágrimas contenidas con pena, levantóse, tomó la mano del zapatero, aproximó una silla y dijo:

—Ya veo que sois desgraciado, amigo mío; por consiguiente, todo lo anterior queda olvidado; sentáos y decid qué puedo hacer por vos, nada temáis, yo os ayudaré, ¡cueste lo que cueste!

—El único beneficio que espero de vos,—repuso Spinael,—es que me permitáis contaros mis sufrimientos y depositar mis pesares en el seno del único amigo sincero que he tenido; durante dos años he huído de vos, Van-Rosmal, no porque os estimase y amase menos, sino porque me reconocía culpable y no osaba presentarme ante un hombre leal y respetable como vos; hoy he llegado al extremo de tener que abandonar mi patria é ir, como un vagabundo, á ocultar en un país extraño mi vergüenza y mis pesares, y me he atrevido á pensar, Van-Rosmal, que me concederéis vuestro perdón antes de partir para no volver jamás á los sitios donde nació.

Estas palabras, pronunciadas con el acento de una profunda tristeza, enternecieron vivamente al especiero, que asió la mano de Spinael y le respondió con un afectuoso interés:

—No dudo que seais muy desgraciado, pero ¿podéis pensar en dejar vuestra patria, Spinael? No desesperéis aún; yo he estado buscando, durante dos horas, tres ochavos que me faltan en una cuenta, y seguiré bus-

cándolos hasta que los encuentre; el orden ante todo, y yo lo considero como el origen de la riqueza; pero esto no me impide sacar de apuros al mejor amigo que he tenido, sin que para ello deba abrir una ancha brecha en mi fortuna; hablad, pues, Spinael, hablad sin reparo, me complaceréis así, pues deseo ayudaros.

Una sonrisa de reconocimiento iluminó las marchitas facciones de Spinael, en tanto que dos gruesas lágrimas volvían á correr por sus mejillas; con voz profundamente enternecida contestó al especiero:

—¡Cuánto bendigo á Dios por haberme inspirado la idea de venir á buscar en vuestro afecto mi último consuelo, Van-Rosmal! ¡Desde hace un año éste es mi primer instante de alegría! ¡Gracias, gracias! Pero escuchadme y veréis cómo es imposible darme otro socorro que una generosa piedad; ya sabéis la insensatez con que me empeñé en imitar las fanfarronadas francesas; yo abjuré de las costumbres de nuestros padres y de la antigua probidad flamenca, para buscar la fortuna en la mala fe y en el engaño, arriesgando en este juego peligroso el fruto de largos años de trabajo contra una vana apariencia; el proverbio dice verdad, amigo mío: *¡Vale más un pájaro en la mano que ciento volando!* ¡Si yo hubiera comprendido esto antes! Mas, para mi perdición, no me he limitado á ocuparme de culpables apariencias; he querido también que mis hijos bebiesen en la copa emponzoñada de lo que se llama

la civilización francesa: ésta es la causa de haber llegado á su colmo mi miseria; si no hubiera enviado á Teresa á un colegio francés, yo sería aún aquel Spinael á quien todos conocían y amaban en el barrio... ¡Pero vos palidecéis, Van-Rosmal!... ¡Tembláis!...

—No es nada, proseguí; pensaba en mi Siska, que se halla también en la misma pensión...

—¡Sacadla de ella, Van-Rosmal! ¡Os lo ruego, sacadla de ella! ¡Acaso no la reconoceréis ya!

—Tal vez tenéis razón, mi querido amigo; pero proseguí, quiero saber si os puedo ser útil.

—Aún me restaba bastante sentido común para retirarme de mis locas empresas al ver próxima mi ruina; pero ¡ay! mis hijos estaban ya *civilizados* á la francesa, y no quedaba en sus almas ningún sentimiento honrado; yo he sido el criado, ellos los señores, han comido, bebido, jugado, hasta que han dado fin con todo lo que tenía; y aún después han persistido en su escandolosa conducta, han contraído deudas y han vendido cuanto había en casa, me han tratado como á un loco ó á un imbécil, y se han burlado de mí cuando me he atrevido á dirigirles algunas reflexiones; hace ya un mes que han colmado la medida de su perversidad, han llegado hasta maltratarme, Van-Rosmal. ¡Me han golpeado! ¡He estado enfermo y me han dejado abandonado, como si desearan mi muerte!

Calló Spinael; su voz, al pronunciar las últimas palabras, había tomado un tono sordo, que decía cuanto aquella narración desgarraba su alma; el especiero calló también, no pudiendo creer lo que estaba oyendo.

—Y ahora,—prosiguió Spinael,—mi casa está vacía y desierta, como si nadie la habitase; ahora mis hijos han partido, llevándose todo lo que quedaba; mi hija, á quien yo amaba tanto, á la que amo todavía no obstante su odiosa conducta, mi Teresa recorre las calles de Bruselas con un cómico... Mi hijo Juan, vuestro infeliz ahijado, se ha vuelto á París; en cuanto á mí, Van-Rosmal, es preciso que abandone esta población; cada persona que encuentro es un acreedor que me acusa de mala fe; con la desgracia me ha vuelto el sentimiento del honor, yo no puedo vivir así... Y ¿qué haré? Nadie me da trabajo, los demás maestros zapateros no quieren tomarme como oficial; no tengo pan que llevarme á la boca, ni cama en qué reposar, ni vestidos; mi casa está ya alquilada á otras personas y debo dejarla pasado mañana... ¡Oh, Van-Rosmal, yo he querido volar muy alto, y ya lo véis, he caído muy bajo!

Van-Rosmal había escuchado con atención y con los ojos húmedos la narración de su amigo; cuando éste acabó de hablar, exclamó con cólera:

—Spinael, yo no sé por qué queréis ocultarme lo que deseo saber. Decís que os precisa dejar el país, esto no me parece muy claro; un amigo leal puede hacer mucho cuan-

do quiere. Decidme, ¿á cuánto ascienden vuestras deudas?

—Os comprendo,—exclamó Spinael sorprendido,—pero no podéis pensar en eso; soy bastante dichoso al ver que hay todavía un hombre que me juzgue digno de sus socorros. Dejadme partir, Van-Rosmal, yo trabajaré como un esclavo, y si no consigo pagar lo que debo antes de dejar este mundo, la buena voluntad, al menos, no me habrá faltado; dadme la mano con un adiós consolador y rogad alguna vez por mis hijos, amigo mío.

El especiero pareció renunciar de pronto á su propósito, y se levantó diciendo:

—Si no queréis admitir mi ayuda, nada más puedo hacer; pero, á lo menos, beberéis conmigo un vaso de vino á vuestro dichoso viaje; hay en mi cueva algunas excelentes botellas; sentáos Spinael, y no perdáis el valor: pasa mucha agua por el río en un año: una desgracia llega muy pronto, pero la dicha la sigue y viene cuando menos se la espera: Dios sabe lo que puede sobrevenir, y es forzoso no desesperar: sentáos.

El buen Van-Rosmal salió dichas estas palabras, corrió á la cueva y volvió algunos instantes después; colocó dos vasos sobre la mesa, los llenó hasta los bordes y dijo:

—Vamos, Spinael, puesto que queréis partir, á vuestro buen viaje y á vuestra salud. Excelente vino, ¿verdad? Ahora, ya que no queréis por ningún caso aceptar mis servicios, decidme á cuánto ascienden vuestras

deudas y de qué modo pensáis pagarlas: con el trabajo solo no se gana gran cosa, á no ser en el comercio, y esto lo sabéis tan bien como yo.

—Seguramente que lo sé; pero para la tranquilidad de mi conciencia, yo me quitaré el pan de la boca á fin de pagar cada año una parte de mis deudas, y si Dios me dá larga vida, tal vez consiga pagarlas todas; porque, en fin, no es imposible reunir en veinte años seiscientos florines poco á poco.

—¿Seiscientos florines decis? ¿Florines de Holanda?

—No, florines de Brabante. Debía más; pero cuando vendí mi casa pagué alguna cosa.

—¿Seiscientos florines de Brabante, sin pico alguno?

—Con diez y seis stuivers y seis dineros. Ya veis que sé de memoria lo que debo.

—Bebamos otro vaso, Spinael; tenéis razón, es muy posible ganar esa suma; además, vuestros hijos pueden volver al buen camino; todos hemos sido jóvenes, Spinael; la sabiduría llega con los años, dice el proverbio; pero veo que no tenemos aquí nada con qué acompañar al vino. Esperad un instante, que voy á buscar algunas tortas.

Maese Van-Rosmal estuvo ausente mucho más tiempo del necesario para buscar las tortas; á su vuelta colocó un plato lleno sobre la mesa y dijo al zapatero con tono serio:

—Spinael, hemos sido educados juntos como vecinos; vuestro padre era el mejor ami-

go del mío; hemos jugado los dos siendo niños, y hasta la edad de catorce años hemos sido tan inseparables como dos hermanos. Vos no habéis sido desde entonces acá mi enemigo, porque, á serlo, no hubierais venido á contarme vuestras penas; yo he sido siempre vuestro amigo, porque, de lo contrario, vuestra desgracia no me hubiera traído las lágrimas á los ojos. Tengo, pues, derecho á calmar vuestra angustia y á prestaros algún dinero para el viaje; pero como las cuentas claras conservan las amistades, deseo que me déis un recibo de la suma que os presto; aquí está ya escrito; firmadle tal como está y sin ver la cantidad; no quiero que os pongáis en viaje con ocho ó diez florines, y que os veais en la miseria; y á fin de prevenir toda oposición de vuestra parte, os reitero mi súplica, como amigo, de que firméis este papel sin leerle.

Spinael, que en realidad no tenía un ochavo, y que quizás se contemplaba dichoso por haber encontrado un amigo generoso que le prestase con qué hacer el viaje, estrechó con efusión la mano del especiero, tomó la pluma y firmó.

Van-Rosmal le arrebató el recibo, levantó su vaso y exclamó:

—Brindo por vuestra dicha en vuestra querida patria, amigo mío, y por la prosperidad de vuestro nuevo almacén. Vamos, vamos, bebed conmigo; no me miréis así, Spinael; habéis caído en mis redes; estáis preso, completamente preso.

33889

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO

—No comprendo, á la verdad, lo que queréis decir,—observó Spinael estupefacto.—Os reís de tan buena gana, que casi tengo deseos de hacer otro tanto. Pero ¿de qué se trata?

—¿De qué se trata? Ved de que suma me habéis dado recibo.

Diciendo estas palabras, mostró el papel al zapatero, é iudicó con el dedo un ángulo, en el que se veía en grandes guarismos la cifra de mil.

—¡Mil florines!—exclamó Spinael, lanzándose hacia el papel y sin poderlo asir.

—Sí, mil florines,—dijo Van-Rosmal triunfante y arrojando sobre la mesa algunos billetes y un saquito con dinero.—¡Aquí están!

—¡Yo no lo quiero! ¡Oh! ¡No me obliguéis á aceptar este dinero!—exclamó con acento suplicante el zapatero, á quien la emoción arrancaba abundante llanto.—¡Oh! ¡No creáis que yo he venido con este fin!

—Pienso que no haréis la tontería de dejarme este recibo sin llevaros el dinero; pero hablemos seriamente, Spinael. Yo soy rico; Siska, mi única hija, no puede verse nunca necesitada, á no ser por culpa suya; nuestra tiendecita nos deja cada año algunos miles de florines; tenemos fincas y dinero bien colocado; ¿qué son, pues, para mí esos mil florines? Nada, nada más que algunos meses de trabajo. ¿Dejaré ir á la ventura á mi mejor amigo por semejante miseria? Ved aquí mi proyecto: vais á pagar á vuestros acree-

dores, que, de enemigos, serán amigos vuestros; yo tengo al fin de la calle una casa desalquilada, é iréis á habitarla: compraréis cuero, buscaréis dos oficiales de reconocida laboriosidad y buena conducta; yo os ayudaré á encontrarlos y á poner vuestro comercio en un pie bajo el cual pueda marchar; en la muestra de vuestra tienda no pondréis más que este letrero: *Juan Spinael, maestro zapatero*; venderéis buen género y trabajado con lealtad y buena fe; yo os enviaré parroquianos, y como no hay término de pago fijado en vuestro recibo, podéis devolverme poco á poco el dinero que os presto; cuando vuestros hijos hayan sido instruidos por la desgracia, volverán á implorar vuestro perdón; y ahora, amigo Spinael, recobrad cuanto antes vuestro antiguo estado, porque el domingo, después de misa, hemos de ir juntos á Stenembrug á beber una botella de cerveza fuerte y á echar una partida de cartas: os doy cien puntos de ventaja si queréis admitir.

—¿Me atreveré á aceptar lo que vuestro excelente corazón me ofrece?—exclamó Spinael fuera de sí.

—¡Venid á mis brazos!—respondió Van-Rosmal; la dicha que hoy siento al socorros vale más de diez mil florines. ¡Venid á mis brazos, amigo Spinael!

Los dos amigos se abrazaron, derramando lágrimas de alegría, y permanecieron mudos algunos instantes. Después, sin hablar una palabra, vaciaron cada uno su vaso; al cabo

de un instante Van-Rosmal replicó con más calma:

—Spinael, es preciso no decir nada de esto á mi mujer; las mujeres son generosas también, pero á su manera, y sufren con dificultad que sus maridos lo sean. Pagadle á ella el alquiler de la casa, y no os deis por entendido de nada; pero cuidado con la juventud á la francesa, de triste memoria.

—No temáis, amigo mío, mi asno no tropieza dos veces con la misma piedra; ya conozco á esos pájaros, y tendré cuidado de no olvidar sus maneras y sus costumbres. Cualquiera que venga á pedirme en francés un par de zapatos, tiene ya para mí muy mala recomendación.

—No es preciso ir tan lejos, amigo Spinael. Los franceses que se han fijado en Améres y tienen aquí su comercio son todas personas respetables, y yo cuento entre ellos buen número de mis mejores parroquianos; pero esas ratas peladas que han asaltado nuestras casas desde el año treinta son los entes sobre los que hay que tener la vista fija. Vamos á ver vuestra nueva casa, que es muy bella y cómoda. Guardad ese dinero y esos billetes.

Algunos días más tarde, Spinael se hallaba instalado en la casa que Van-Rosmal le había alquilado; el almacén estaba guarnecido de calzado hecho y de fardos de cuero; dos obreros trabajaban con Spinael: al cabo de algunos meses éste tuvo numerosos compradores, tanto por la excelente calidad de

la obra que vendía, como por las infatigables recomendaciones de Van-Rosmal; cada domingo los dos amigos iban á Stenembrug, y jugaban en el café su partida por la noche; en una palabra, recobraron sus antiguas costumbres, y á no haber sido por la inquietud que causaba á Spinael la suerte de sus hijos, éste hubiera sido el hombre más dichoso de la tierra.

IV

Educación francesa.

La escandalosa conducta y la vergonzosa suerte de Hortensia Spinael habían alarmado de tal modo á maese Van-Rosmal, que no cesó hasta persuadir á su mujer de que Siska debía volver á casa. El doctor Pelkmans le ayudó en esta tarea. En fin, después de haber disfrutado durante tres años todos los encantos de una educación francesa, en el último de los cuales rehusó venir á pasar á su casa las vacaciones, Siska fue avisada de que iba á volver al lado de sus